

ENSAYO

EL LIBERALISMO, EL NACIONALISMO Y EL FEDERALISMO EN LOS ESCRITOS DE HAYEK*

Chandran Kukathas

Frente a planteamientos recientes en el pensamiento liberal (Rawls, Kymlicka, Gray y otros), que postulan que la diversidad y persistencia de lealtades condicionadas por factores tribales, étnicos y nacionales sugieren la necesidad de modificar, cuando no de abandonar, las concepciones liberales, Kukathas se propone establecer en este ensayo que dichas posiciones son desafortunadas e innecesarias. Sosteniendo que hoy más que nunca se requiere reafirmar los componentes de carácter universal e internacional de la concepción liberal, el autor analiza los escritos de Hayek con el fin de determinar los elementos allí contenidos que pueden aportar a la concepción liberal en su vertiente clásica.

CHANDRAN KUKATHAS. Licenciado en Ciencia Política, Universidad Nacional de Australia. Doctorado, Universidad de Oxford. Ha sido profesor de las universidades Nacional de Australia y Oxford. Actualmente es profesor titular en Ciencia Política de la Universidad de New South Wales. Entre sus libros más recientes destacan *Hayek and Modern Liberalism*, (Oxford University Press, 1989); *Rawls: A Theory of Justice and Its Critics*, (Polity Press, 1990) y *The Transition from Socialism: State and Civil Society in the USSR* (Longman Cheshire, 1991).

* Texto del trabajo presentado en el seminario "El significado de la obra de Friedrich A. von Hayek" que organizara el Centro de Estudios Públicos los días 4 y 5 de agosto de 1992. Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos.

Pero ahora que el nacionalismo y el socialismo marchan unidos —no tan sólo en el nombre— en el seno de una poderosa organización que amenaza a las democracias liberales, y ahora que, aun al interior de tales democracias, los socialistas se han vuelto rabiosamente nacionalistas y los nacionalistas decididamente socialistas, ¿será exagerado confiar en un resurgimiento del auténtico liberalismo, fiel a sus ideales de libertad e internacionalismo?

F.A. Hayek, 1939.¹

¿Es el liberalismo, como filosofía política, relevante en los tiempos modernos? ¿Tiene algo que aportarnos en este siglo marcado por el más enérgico y enfermizo repudio a los ideales liberales, ejemplificado en los regímenes de la Alemania nazi y la Unión Soviética estalinista? ¿Puede ofrecernos algo en una época en la que varias regiones del mundo se hallan convulsionadas por movimientos que propician las más diversas formas del separatismo étnico, el secesionismo e incluso la guerra fratricida? ¿Tiene sentido reconsiderar las ideas liberales frente a los sentimientos nacionalistas que hoy florecen por doquier y la impaciencia que suscitan las filosofías de la mera tolerancia? Un rasgo persistente de la obra desarrollada por Friedrich A. von Hayek en casi medio siglo de labor es su respuesta afirmativa a estas interrogantes. Todavía más: él mismo ha sostenido en todo momento que son, precisamente, condiciones como las descritas las que sugieren la necesidad de potenciar los ideales políticos liberales.

Otros autores postulan, sin embargo, que la propia diversidad y la cualidad persistente de las lealtades tribales, étnicas y nacionales sugieren la necesidad de modificar las concepciones liberales o, incluso, de dejarlas enteramente de lado como filosofía política. Así, en la obra de John Rawls observamos el repliegue del pensamiento liberal al terreno de la argumentación historicista, la cual concede que las ideas liberales pueden resultar, a la postre, apropiadas únicamente para ciertas modalidades de la democracia occidental, como la que hoy existe en Estados Unidos.²

¹ En "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *Individualism and Economic Order* (Chicago: University of Chicago Press, 1980), p. 271. Este ensayo se publicó por primera vez en *New Commonwealth Quarterly*, V. N° 2 (septiembre, 1939), pp. 131-143.

² Véanse los escritos más recientes de Rawls, incluidas sus conferencias en torno a Dewey, "Kantian Constructivism in Moral Theory", *Journal of Philosophy*, 1980; "Justice as Fairness: Political Not Metaphysical", *Philosophy and Public Affairs*, 1985; y "The Idea of an Overlapping Consensus", *Oxford Journal of Legal Studies*, 1987. Véase también de Chandran Kukathas y Philip Pettit, Rawls, *A Theory of Justice and Its Critics* (Oxford: Polity Press, 1990), cap. 6.

Por otro lado, en un importante trabajo del filósofo canadiense Will Kymlicka hallamos argumentos en favor de modificar la teoría liberal —para adaptarla a las demandas de las culturas minoritarias— por la vía de reconocer explícitamente los derechos grupales.³ Y en algunos de los escritos más recientes de John Gray se plantea la idea de que el liberalismo debiera abandonarse completamente, en favor de una concepción más conservadora de nuestra situación política y moral.⁴

Este artículo apunta, en lo esencial, a dejar sentado que estos aportes recientes dentro del pensamiento liberal contemporáneo son a un tiempo desafortunados e innecesarios. Hoy más que nunca se plantea, en el área de la filosofía política, la necesidad de reafirmar los elementos esenciales del individualismo de corte liberal. Y lo que requiere hoy de una defensa más ardua son aquellos elementos de carácter universalizante e internacionalista que contiene la concepción liberal, pues aquello que hoy, con mayor razón, precisa de la crítica filosófica son las fuerzas del particularismo y el nacionalismo. Con todo, en esta ocasión en particular quiero abordar estas cuestiones de una manera indirecta, haciendo una revisión de la obra de F. A. Hayek con el fin de determinar los elementos que ellos pueden aportarnos a la hora de reforzar la argumentación en favor del liberalismo al estilo clásico.

Los escritos políticos de Hayek se han caracterizado, desde siempre, por su cualidad antihistoricista y antinacionalista, pero es difícil rastrear en cualquier punto de su obra argumentos detallados y explícitamente contrarios a tales tendencias. Por este motivo se requiere de cierto esfuerzo para fijar su posición al respecto. En virtud de ello mi artículo se organiza del siguiente modo. En primer término ofreceré un breve recuento de la filosofía general del liberalismo que Hayek propone, señalando cuáles son sus principios fundamentales. Luego me abocaré a explicar las que, a mi entender, son las consideraciones centrales que lo llevan a adherir y luego a intentar reformular y defender una filosofía política liberal. Aquí me ocuparé del acento que él pone en las características de la "gran sociedad" como un orden abstracto, y de su propia minimización de la importancia atribuible al consenso. Luego explicaré cómo conduce esto a una dimensión de su pensamiento que suele quedar de lado, esto es, su conclusión de que la *federación* de las naciones existentes es un elemento fundamental del ideal

³ Véase de Will Kymlicka, *Liberalism, Community and Culture* (Oxford: Oxford University Press, 1989).

⁴ Véase en particular el libro reciente de John Gray, *The Moral Foundations of Market Institutions* (Londres: Institute of Economic Affairs, 1992).

político liberal. Una vez desarrollados estos puntos, abordaré directamente la pregunta de si estas ideas de Hayek, y la noción del liberalismo que ellas proponen, son defendibles. Mi respuesta definitiva es que son no sólo defendibles sino esenciales para garantizar la paz y la libertad en las circunstancias actuales. El objetivo esencial de este ensayo es el de determinar por qué.

El liberalismo filosófico de Hayek

La mejor forma de entender el liberalismo de Hayek es considerarlo una respuesta al socialismo. El rasgo definitivo de este último es, a su juicio, la pretensión de organizar la sociedad en conformidad con cierto objetivo compartido. Lo que considera inviable del ideal socialista es la creencia de que esos intentos de organizar la sociedad habrán de alcanzar los objetivos propuestos. Y lo que considera objetable del socialismo es que éste resulta incompatible con la libertad individual, como él la entiende; en todo esto hay implícitos dos supuestos que Hayek ha intentado explicitar en su filosofía social y política. El primero consiste en que el orden es posible sin necesidad de un diseño o un comando central. De hecho, Hayek va incluso más allá, señalando que no es posible cumplir las expectativas de un control o dirección conscientes de los procesos sociales y que los intentos de mantener el control o de dirigir el desarrollo social sólo pueden conducir a la pérdida de la libertad y, en último término, a la destrucción del proceso civilizatorio. El otro supuesto es que no cabe entender la libertad individual en función de la capacidad del individuo para controlar sus circunstancias o en función de un autogobierno colectivo. Ocurre, más bien, que la libertad se alcanza cuando los individuos disfrutan de una esfera o un dominio resguardados, donde los demás no pueden interferir con sus propósitos y donde pueden abocarse a una búsqueda individual de sus propios objetivos.

Este liberalismo se opone claramente al socialismo como lo entiende Karl Marx. Para este último la libertad se alcanza únicamente cuando el individuo adquiere el control de las fuerzas sociales que, fruto de su propia creación, se las han ingeniado para dominarlo y controlarlo. Tan sólo se logra superar la alienación y se puede alcanzar la libertad cuando el discorrir autónomo de los objetos y fuerzas sociales queda abolido, lo cual se conseguirá únicamente en el socialismo, donde asistiremos al ordenamiento consciente y deliberado de la producción. Dicho en los términos que el propio Marx empleó en *El capital*, "el proceso vital de la sociedad, basado en el proceso de producción material, no se despoja de su velo mistificador

sino hasta que se lo empiece a considerar un proceso productivo a cargo de individuos libremente asociados y hasta que no es *regulado conscientemente por ellos, en conformidad con un plan establecido*.⁵ El liberalismo de Hayek sugiere que esta aspiración es ilusoria. Debido a las limitaciones de la razón humana, el hombre no llegará jamás a adquirir la capacidad de controlar o rediseñar la sociedad. El hecho puro y simple de que ningún cerebro individual pueda abarcar más que una pequeña fracción de lo conocido por todos los cerebros individuales en conjunto plantea límites claros a los progresos que la dirección consciente puede hacer, los que no alcanzan a superar a aquellos de los procesos sociales inconscientes. En la concepción de Hayek, el liberalismo descansa, como filosofía social, en esta comprensión del carácter "espontáneo" de los procesos sociales. Toda respuesta a la interrogante de cuáles son las mejores condiciones sociales y políticas para el ser humano han de basarse en esta noción. La respuesta que el propio Hayek sugiere es que las relaciones humanas deben regirse por condiciones que garanticen la *libertad*, entendida ésta como "la independencia respecto del arbitrio de los demás".⁶ Más exactamente, Hayek sostiene que una sociedad liberal es aquella en la que impera la ley, y que la justicia se alcanza únicamente si la ley opera para delimitar el espectro de la libertad individual. En suma, el liberalismo postula la idea de una sociedad *libre* en la que la conducta individual está regulada por ciertas normas de *justicia*, de modo que cada cual se aboque en *paz* a sus propios fines o propósitos.

En este esquema el ideal igualitario tiene un lugar sólo en la medida que, como el propio Hayek admite, "el objetivo mayor en la lucha por la libertad es la igualdad ante la ley".⁷ Las diferencias individuales no justifican el hecho de que el gobierno haga distingos entre los individuos: "La gente debe recibir un trato igual a pesar de sus diferencias".⁸ Lo que es preciso reconocer, empero, es que todo esto no puede sino conducir a la desigualdad en términos reales. La igualdad ante la ley, que es requisito de la libertad, conduce a desigualdades materiales. El argumento de Hayek es que "aun cuando el Estado ha de emplear la coerción por otros motivos, debe tratar a todo el mundo de igual modo; el afán de igualar la condición de todos es inaceptable en una sociedad libre como justificación de una

⁵ Karl Marx, *El capital*, tomo I (Nueva York, 1967), p. 80.

⁶ Friedrich A. von Hayek, *The Constitution of Liberty* (Londres: Routledge y Kegan, Paul, 1976), p. 12.

⁷ *Ibíd.*, p. 85.

⁸ *Ibíd.*, p. 86.

coerción adicional y discriminatoria".⁹ Su objeción no es a la igualdad en sí, sino a los variados intentos de imponer en la sociedad un determinado patrón distributivo.

Su objeción a la distribución de los bienes según el *mérito* es de naturaleza similar. Si se aceptara el principio de recompensa según los méritos como justo fundamento, por ejemplo, en la distribución de los ingresos, ello nos conduciría a intentos claros de controlar las remuneraciones, que acabarían generando, a su vez, la necesidad de un control aún mayor sobre la actividad humana.¹⁰ "Esto daría pie a un tipo de sociedad contraria, en lo esencial, a una sociedad libre; una sociedad en la que la autoridad decide lo que el individuo debe hacer y cómo debe hacerlo".¹¹ El temor a que esto suceda es, al mismo tiempo, lo que justifica su rechazo a las exigencias de una distribución igualitaria basada en la pertenencia a una comunidad o nación en particular, lo que supondría que el individuo tendría derecho a gozar de un estándar material condicionado por el nivel de riqueza general del grupo al que pertenece. La pertenencia a una comunidad nacional cualquiera no confiere, en la concepción liberal de Hayek, derechos o prerrogativas para compartir en ningún sentido la riqueza nacional. "La aceptación de tales exigencias a escala nacional serviría, de hecho, tan sólo para crear una suerte de derecho de propiedad colectiva (aunque de carácter no menos exclusivo) sobre los recursos de la nación, que no sería posible justificar a partir de los mismos fundamentos en que descansa la propiedad individual".¹² Es más, el hecho de aceptar esas demandas redundaría en que, "en lugar de brindarle al pueblo acceso a las ventajas de vivir en su país, esa nación en particular estaría prefiriendo dejar a todo el mundo al margen de ellas".¹³ El ideal del liberalismo no da cabida, según Hayek, a estos sentimientos de corte nacionalista y, por el contrario, debe oponerse decididamente a ellos. De hecho, un rasgo característico de la concepción liberal que Hayek postula, y que él mismo describe como "el liberalismo en

⁹ *Ibidem*, p. 87.

¹⁰ David Hume reconoce lo anterior en *Enquiñes Concerning the Principles of Morals*, comp. L. A. Selby-Bigge (Oxford: Oxford University Press, 1976), p. 194, donde escribe: "La modalidad inquisitorial más drástica es la que postula la necesidad de detectar cualquier desigualdad apenas ella se hace presente; y la jurisdicción más severa es la de castigarla y compensarla (...), de modo que el exceso de autoridad degenera, a poco andar, en la tiranía y acaba siendo ejercida con gran parcialidad".

¹¹ Friedrich A. von Hayek, *The Constitution of Liberty*, (op. cit.), 100.

¹² *Ibidem*, p. 101.

¹³ *Ibidem*, p. 101.

el sentido inglés", es "su oposición constante a la centralización, el nacionalismo y el socialismo".¹⁴

Los orígenes del liberalismo de Hayek

Lo dicho ha de resultar indudablemente conocido a la mayoría de quienes están familiarizados con el pensamiento de Hayek. Sin embargo, no suele hacerse el suficiente hincapié en la dimensión internacionalista (y antinacionalista) de sus concepciones. Para tener una idea del rechazo claro al nacionalismo en que se funda su pensamiento, es útil reconsiderar brevemente aquí algunas de las preocupaciones que habrían de conducirlo a dedicar tanto tiempo y energías al desarrollo y propagación de las ideas liberales. ¿Qué podía impulsar a un economista, cuyos intereses básicos residían en la investigación relacionada con el ciclo mercantil, a escribir un libro como *Camino de servidumbre* y dedicar el resto de su carrera intelectual a cuestiones de filosofía política?

La respuesta a esta interrogante podría ser que la investigación desarrollada por el autor en el área de los problemas teóricos que plantea el cálculo económico en los regímenes socialistas lo llevó, finalmente, a afirmar la superioridad de las condiciones que propicia el liberalismo económico, pero esta respuesta en particular resulta decididamente incompleta, pues omite el interés que Hayek demuestra en la dimensión no-económica del ideal de libertad individual. No era su intención demostrar, sencillamente, la mayor eficiencia de las economías capitalistas en relación a las socialistas, sino que el liberalismo era un ideal superior desde el punto de vista moral. Con esto pretendo sugerir que lo que inicialmente condujo a Hayek a reorientar sus empeños intelectuales en la dirección de la filosofía política fue su preocupación por el desarrollo del nacionalismo y el totalitarismo en Europa, y el fracaso aparente de los europeos para tratar esos fenómenos como dos fuerzas de orden intelectual.

Esta preocupación se manifiesta de manera temprana en sus escritos. Entre otros, en el párrafo introductorio de un artículo incluido en "Historians and the Future of Europe", leído por primera vez ante la Sociedad Política del King's College, de Cambridge, el 28 de febrero de 1944, escribió:

¹⁴ Hayek, "Individualism True and False", en *Individualism and Economic Order* (Chicago; University of Chicago Press, 1980), p. 28.

La respuesta a la pregunta de si seremos capaces de reconstruir algo parecido a una civilización europea después de esta guerra dependerá, ante todo, de lo que suceda en los años inmediatamente posteriores a ella. Puede ocurrir que los hechos asociados al eventual colapso de Alemania provoquen una destrucción tal, que ello margine del contexto europeo a la totalidad de la Europa Central durante varias generaciones o, incluso, que la deje permanentemente fuera de la órbita definida por la civilización europea. Es poco probable, sin embargo, que de ser así, sus consecuencias se limiten a la Europa Central. Y si el destino de toda Europa es en lo inmediato una vuelta a la barbarie, aun cuando de todo ello pueda resurgir en última instancia una nueva civilización, es a la vez improbable que este país consiga escapar a las consecuencias del fenómeno. El futuro de Inglaterra está atado al de Europa y, nos guste o no, el futuro de Europa habrá de decidirse en buena medida a partir de lo que suceda en Alemania. Nuestros esfuerzos han de ir cuando menos encaminados a recuperar a Alemania para esos valores en los que se funda la civilización europea y que, por sí solos, pueden brindarnos las bases a partir de las cuales podemos avanzar hacia la consecución de los ideales que nos guían.¹⁵

La preocupación de Hayek en ese momento era la amenaza de extinción que se cernía sobre determinados ideales morales, particularmente en Alemania, y el hecho de que su pérdida habría de impulsar a los pueblos hacia terrenos nacionalistas, en los que habrían de florecer, a la vez, las ideas totalitarias. Por ello era preciso, desde su perspectiva, reafirmar y afianzar esas ideas morales antitéticas con el totalitarismo, aun cuando no bastaba con acometer esa tarea en un solo país. En el caso de Alemania, el problema consistía en que el nazismo había dejado tras de sí un "desierto moral e intelectual" en el que los "numerosos oasis existentes, algunos de ellos muy notables [estaban] absolutamente aislados entre sí".¹⁶ La ausencia de tradiciones compartidas —aparte de su oposición a los nazis y al comunismo— dificultaba los nobles propósitos de los hombres de buena voluntad: "No hay, con seguridad, nada más conspicuo que la impotencia asociada a las buenas intenciones carentes de ese elemento unificador que representan la moral y las tradiciones políticas compartidas, que hoy consideramos un hecho garantizado pero que en Alemania han quedado arrasadas por un quiebre total del sistema en un lapso de doce años, llevado a cabo

¹⁵ En *The Collected Works of F. A. Hayek*, Tomo 4; *The Fortunes of Liberalism: Essays on Austrian Economics and the Ideal of Freedom*, comp. Peter G. Klein (Chicago: University of Chicago Press, 1992), p. 201.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 202.

con una meticulosidad que muy pocas personas en este país podrían siquiera imaginar".¹⁷ Por este motivo fue tan importante que Alemania fuera, al final, reincorporada al redil de la civilización europea, de modo que pudiera valerse de los recursos acumulados por esa vasta tradición del viejo continente. El aislamiento pudo tener desastrosas consecuencias. (Hayek sugiere que, tras la primera guerra mundial, "la expulsión de los alemanes de varias entidades académicas y su exclusión de ciertos congresos científicos internacionales fueron dos de los grandes factores que impulsaron a los catedráticos alemanes a la facción del nacionalismo").¹⁸ Y, por cierto, buena parte de las energías de Hayek, en el período que va desde la publicación *Camino de servidumbre* en 1944 a la creación de la Sociedad Mont Pelerin en 1947, estuvo encaminada a lograr la reintegración de la tradición académica alemana —y particularmente, la tradición histórica— a la vida intelectual europea.

Pero para que esto fuera posible era fundamental que hubiera ciertos criterios morales compartidos y percibidos como un marco que trascendía las fronteras políticas. "Ha de haber ciertos valores compartidos, por encima incluso del valor supremo que representa la verdad; un acuerdo, al menos, en torno a la idea de que las reglas comunes de la decencia han de aplicarse a la actividad política y, más allá de esto, un acuerdo mínimo en los ideales políticos más generales. Acuerdo este último que no precisa, con seguridad, ir más allá de una creencia compartida en el valor de la libertad individual, una actitud afirmativa hacia la democracia, sin concesiones supersticiosas a sus derivaciones dogmáticas, sin que se tolere de hecho la opresión de las minorías en mayor grado que la de las mayorías, y finalmente un rechazo uniforme a cualquier opción totalitaria, sea de derecha o de izquierda".¹⁹ La colaboración sólo era posible entre quienes compartían tales valores. Pero a la vez, sostenía Hayek, "merced al cultivo de ciertos criterios morales compartidos, la colaboración interfronteras podría contribuir enormemente a los nuevos propósitos, en particular ahora que debemos lidiar con un país cuyas tradiciones se han visto tan resquebrajadas y sus estándares tan degradados, como ha ocurrido en Alemania en los últimos años".²⁰

Por ende, era de la mayor relevancia, no sólo para Alemania sino también para Europa —y, por cierto, para el resto del mundo—, el hacer un esfuerzo para reconsiderar esos valores esenciales. Es más, en 1945, en un

¹⁷ *Ibíd.*, p. 202.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 207.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 208.

²⁰ *Ibíd.*, p. 208.

memorándum relativo a la creación de una Academia Internacional de Filosofía Política, tentativamente denominada la "Sociedad Acton-Tocqueville". Hayek reiteró la importancia de que el intento no quedara restringido a un único país sino que "se apoyara en la colaboración de los hombres y mujeres de todo el mundo".²¹ Sus razones para insistir en este punto nos indican muy claramente sus preocupaciones fundamentales. Por entonces escribió:

La guerra ha dividido al mundo en un sinnúmero de islotes intelectuales, separados entre sí como nunca antes había ocurrido en la historia de los tiempos modernos. Tanto en los países beligerantes como en los que han permanecido neutrales, los años dedicados al esfuerzo bélico han generado, a pesar de las apariencias en contrario, una cuota de egocentrismo, e incluso de nacionalismo, de la que la gente es apenas consciente hoy, pero que ha apartado a muchos de los mejores individuos de los problemas comunes. Con todo, los peligros a que se enfrentan todos los países adscritos a la civilización occidental son los mismos y tan sólo un esfuerzo compartido, una fusión del pensamiento y la experiencia pueden recrear el trasfondo compartido de ideas y valores que requiere una civilización para sobrevivir.²²

Análoga sensación aparece luego en un segundo memorándum titulado "The Prospects of Freedom", escrito a fines de 1945 o principios de 1946. "Existe en este país una tendencia", escribió allí, "a considerar el peligro en ciernes como una amenaza al llamado 'estilo americano de vida' y a enfrentarlo en una vena aislacionista y de signo nacionalista, a considerar al resto del mundo como un todo sin esperanzas y a concentrarse en preservar los fundamentos de la 'civilización occidental' en los Estados Unidos. Esta actitud me preocupa, no tan sólo por la visión tan pesimista de Europa que ella implica. Me parece que, de afianzarse, ésta puede resultar fatal incluso para los Estados Unidos".²³

²¹ Memorándum inédito fechado en agosto de 1945, London School of Economics, pp. 1-13, en p. 1. El manuscrito se halla en la Colección de F. A. Hayek, en los archivos de la Hoover Institution, Universidad de Stanford, casilla 61, carpeta 8. El memorándum, rotulado como "confidencial", nunca fue publicado, aun cuando se lo distribuyó a un cierto número de personas, seleccionadas de entre las que Hayek consideraba proclives a sus intentos de formar una sociedad internacional para el cultivo de la filosofía política. La entidad se convirtió, eventualmente, en la Sociedad Mont Pelerin.

²³ "The Prospects of Freedom", memorándum inédito, conservado en la

Según Hayek, si la civilización pretendía sobrevivir a la embestida del totalitarismo, era esencial que enfrentara el desafío en el dominio de las ideas. Y las ideas que habrían de servir en este caso eran las de la libertad individual, contenidas en la tradición del liberalismo. El temor de Hayek era que, debido a su aislamiento, los liberales no asumieran el desafío de reafirmar las antiguas verdades²⁴ con las que habría de defenderse la sociedad moderna contra la invasión de las ideas totalitarias. Así fue que derivó resueltamente, en sus afanes, al terreno de la filosofía política: al problema de alentar a los sectores académicos que simpatizaban con la tradición liberal a actuar en defensa de las ideas liberales; y al problema de reafirmar los principios del liberalismo en el discurso del siglo XX.

El orden abstracto

Así pues, los esfuerzos desplegados por Hayek en defensa de los principios liberales se hallaban inspirados en su preocupación por la situación del mundo en la posguerra. Temía que las fuerzas combinadas del nacionalismo y el separatismo consiguieran finalmente imponerse y destruir la civilización contemporánea. Tales fuerzas sólo podían combatirse con las ideas que representaban su antítesis: las concepciones universalistas, igualitarias y libertarias del liberalismo.

Adherir a tales ideas era, en la práctica, coincidir con la concepción de un "orden abstracto", un punto de singular importancia para Hayek, quien advirtió tempranamente que si los valores morales habían de ser compartidos por un amplio espectro de individuos, ello acabaría reduciendo el margen de acuerdo sobre cuestiones sustanciales. He aquí, como lo sostuvo él mismo en *Law, Legislation and Liberty*, una de las razones por las que las ideas liberales eran tan difíciles de defender.

Algo que también contribuyó a fortalecer las resistencias a la nueva moral de la "Sociedad Abierta" fue la repentina conciencia de que ella venía a ampliar indefinidamente el círculo de los individuos respecto de los cuales debíamos acatar las normas morales, y la

Colección de F. A. Hayek, casillero 61, carpeta 9, Archivo de la Hoover Institution, Universidad de Stanford, pp. 1-17, en p. 8.

²⁴*The Constitution of Liberty* se inicia con las siguientes palabras: "Para que las antiguas verdades prevalezcan en la mente de los individuos, es preciso reafirmarlas en el discurso y en los conceptos de las sucesivas generaciones".

percepción paralela de que esta ampliación del espectro en que operaba el código moral necesariamente traía consigo una reducción de sus contenidos.²⁵

Subsiste, desde siempre, el anhelo humano de una moral personalizada, de carácter más singular. En los términos de Hayek, existe un conflicto fundamental entre la moral tribal y la justicia universal, que se ha puesto de manifiesto a través de la historia "en un choque recurrente entre el sentido de la lealtad y el de la justicia".²⁶

A pesar de ello, esta sociedad ampliada ha de ser reconocida, según el autor, como un orden abstracto, vale decir, un orden regido por normas abstractas sobre lo que se considera el comportamiento justo. Las normas abstractas del comportamiento justo lo son porque, al ser cuestionadas, la controversia se dirime apelando a otras normas que comparten ciertos rasgos abstractos con la controversia planteada. Así, las disputas se resuelven sin invocar la importancia de los fines que persigue cada cual, o sin que exista un acuerdo previo sobre esos fines.²⁷ La aplicación continua de dichas normas abstractas a través de las épocas genera un orden abstracto que, en su conjunto, no cumple ningún fin en particular, pero que sin embargo favorece la búsqueda pacífica de los diversos fines. Es preciso dejar bien sentado que la sociedad ampliada es un orden abstracto, pues *no* se trata, en rigor, de una comunidad de individuos. "Orden abstracto" es el término que Hayek emplea para caracterizar lo que en otras ocasiones denomina "Sociedad Abierta" o "Gran Sociedad". Y sus escritos suelen advertirnos del intento de convertir este tipo de sociedad en una comunidad en la que las metas o propósitos sustantivos sean mantenidos en común. Esto constituiría una amenaza para libertad, o, peor aún, "todo intento de modelar la 'Gran Sociedad' a imagen y semejanza del pequeño grupo familiar o de transformarla en una comunidad por la vía de encauzar a sus integrantes hacia propósitos visibles y compartidos acabaría generando una sociedad totalitaria".²⁸

Hay otros dos motivos por los que Hayek insiste en su obra en la importancia de no cerrar las fronteras de la "Sociedad Abierta" para convertirla en una comunidad y de no encaminarse por la senda del nacionalismo. El primero guarda relación con su visión del conocimiento y su expansión.

²⁵ Law, *Legislation and Liberty*, Tomo 2: *The Mirage of Social Justice* (Londres: Routledge y Kegan Paul, 1982), p. 146.

²⁶ *Ibíd.*, p. 147.

²⁷ *Ibíd.*, p. 15.

²⁸ *Ibíd.*, p. 147.

La expansión y evolución del conocimiento humano —piensa él— suelen verse empañadas por los intentos de controlarlo o dirigirlo. Y ese proceso de expansión es tanto mayor cuando la interacción espontánea entre los individuos e instituciones para resolver los problemas de adaptación al entorno conduce a soluciones no previstas e inesperadas.²⁹ La amenaza a este proceso proviene de los intentos de organizar los procesos sociales y el más significativo de tales intentos —y amenazas— corre a cuenta del Estado. "En el pasado, las fuerzas espontáneas del proceso de expansión, aunque estuvieran restringidas, solían defenderse de alguna manera en contra de la coerción organizada del Estado."³⁰ Sin embargo, su temor estriba en que, ante el gran desarrollo de los medios de control tecnológico de que hoy disponen los gobiernos, el equilibrio del poder pueda cambiar. "No estamos lejos del punto en que las fuerzas deliberadamente organizadas de la sociedad puedan arrasar a aquellas fuerzas espontáneas que han hecho posible el progreso".³¹ Hayek ve con sospecha, si no con franca alarma, las restricciones a la interacción humana en los límites que determinan las fronteras estatales, restricciones impuestas en nombre de la comunidad.

La segunda razón por la que insiste en la importancia de mantener abierta esa "sociedad abierta" y evitar la senda del nacionalismo está relacionada con su propia adhesión a la perspectiva que Lord Acton tiene del nacionalismo y el Estado, y su hostilidad hacia la de John Stuart Mill. En sus *Considerations of Representative Government*, Mill afirmaba que "es, por lo general, una condición necesaria de las instituciones libres que los límites del gobierno coincidan en lo esencial con los de las nacionalidades".³² Para Hayek, uno de los reparos que cabía hacerle a Mill era que había asimilado bastantes más elementos de las doctrinas nacionalistas de los que eran compatibles con su programa liberal. Acton, por su parte, había apreciado más claramente que la libertad requería de la diversidad más que de la uniformidad o, incluso, del consenso. Acton había sostenido, correctamente, que "la combinación de diferentes naciones en un solo Estado es una condición tan necesaria de la coexistencia civilizada como la combinación de individuos dentro de una sociedad determinada", y que "esta diversidad

²⁹ Este es, en grandes, líneas, el argumento del capítulo 2 de *The Constitution of Liberty*: "The Creative Powers of a Free Civilization". Se puede decir que es el tema global de toda la obra; en cierto momento Hayek consideró incluso la posibilidad de emplear el título del capítulo 2 como título (y posterior subtítulo) del libro.

³⁰ *Ibíd.*, p. 38.

³¹ *Ibíd.*, p. 38.

³² Citado en Hayek, "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.*, p. 270 n.

dentro de un Estado es una sólida barrera en contra de los designios gubernamentales que, trascendiendo la esfera política común a todos, se someten en el área social que escapa a la legislación y está regida por leyes espontáneas".³³ La diversidad fue el baluarte de la resistencia a la organización social.

Pero la pregunta que surge ahora es: ¿cómo nos enfrentamos al hecho de que el Estado existe, y que él existe en el contexto de otros Estados? Las fronteras deben delimitarse y continuarán delimitándose ¿Qué tiene que decirnos el liberalismo al respecto? Según Hayek, por cierto, el liberalismo tiene mucho que aportar y ello está, en buena medida, asociado a la defensa de la idea de una federación interestatal.

La federación de pueblos

"La idea de una federación interestatal, entendida como un derivado consistente del enfoque liberal, debiera aportar un novedoso *point d'appui* a todos los liberales que se han desesperanzado o han desertado de su credo en los períodos de vacilación".³⁴ Esto escribía Hayek en 1939, convencido de que el resurgimiento del "auténtico liberalismo, fiel al ideal de la libertad y el internacionalismo", planteaba la exigencia de implementar alguna modalidad de unión federal de Estados. Y postulaba una serie de argumentos teóricos en apoyo de este enfoque, aunque sus preocupaciones eran, a la vez, eminentemente prácticas, en particular durante los años cercanos a la guerra, lo cual se refleja en varios de sus escritos de este período. Vale la pena echar una ojeada a ambas facetas de su enfoque para entender por qué Hayek concebía las ideas liberales como la gran esperanza de la civilización europea y la razón por la que consideraba el federalismo como parte integral de las mismas.

La aplicación más nítida de las ideas federalistas a la solución de los problemas concretos se encuentra en sus propuestas para resolver el caso de Alemania, cuya vuelta al redil de la civilización europea consideraba, como ya hemos visto, de vital importancia para todo el mundo. En un ensayo titulado "A Plan for the Future of Germany", sugirió que había tres aspectos

³³ Acton, en *The History of Freedom and Other Essays*, citado en Friedrich A. von Hayek, "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.*, p. 270 n.

³⁴ Friedrich A. von Hayek, "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.*, p. 271.

en la política de largo plazo para encauzar el retomo de los alemanes: los aspectos políticos, los económicos y los educativos o psicológicos.³⁵ El problema político era, en buena medida, el de conseguir que las ambiciones de Alemania se apartaran del ideal de un *Reich* alemán centralizado y unificado en pro de un objetivo común. Pero ello planteaba un dilema evidente:

La opción directa de fragmentar Alemania en varios componentes y prohibirles que se fusionen conducirá con seguridad al fracaso en el largo plazo. Sería la forma más segura de reactivar el más violento nacionalismo y hacer de la creación de una Alemania reunificada y centralizada la ambición principal de todos los alemanes. Algo que deberíamos ser capaces de evitar durante algún tiempo. Porque ninguna medida exitosa en el largo plazo puede prescindir del beneplácito del pueblo alemán y nuestra máxima fundamental ha de ser que toda solución exitosa del problema debe tener alguna probabilidad de subsistir cuando no estemos en posición de seguir imponiéndola por el continuo ejercicio de la fuerza.³⁶

Para Hayek había sólo una solución a este dilema, la cual suponía, en primer término, dejar el gobierno central alemán bajo el control de los aliados, pero a la vez dejarles claro a los alemanes que ellos podrían sustraerse gradualmente a dicho control en la medida que desarrollaran instituciones representativas y democráticas en una escala reducida en los Estados individuales que componían el *Reich*. Posteriormente, todos esos Estados alcanzarían, en puntos variables, su gradual emancipación de la supervisión directa de los aliados, y el control ejercido por éstos se convertiría poco a poco en el "gobierno de una federación o incluso de una confederación".³⁷ Y todavía más, Hayek consideraba preferible que, tras su emancipación, los diversos Estados alemanes tuvieran la posibilidad de unirse a alguna otra federación de Estados europeos que estuviera dispuesta a acogerlos. Con el correr del tiempo, propuso que ellos podían llegar a formar parte de una federación europea más amplia, que incluyera a Francia e Italia.³⁸ El objetivo sería el de "confundir" a los Estados germanos con sus vecinos no alemanes, de modo que "fuese difícil que llegaran, una vez más, a desear fundir su individualidad en un Reich altamente centralizado".³⁹ El libre

³⁵ Publicado por primera vez con el subtítulo de "Decentralization Offers Some Basis for Independence", en *The Saturday Review of Literature*, 23 de junio, 1945, pp. 7-9, 39-40; la referencia actual corresponde a la reedición de este ensayo en *The Collected Works of F. A. Hayek*, tomo 4, pp. 223-236, en p. 223.

³⁶ *Ibídem*, p. 225.

³⁷ *Ibídem*, p. 225-226.

³⁸ *Ibídem*, p. 226.

³⁹ *Ibídem*, p. 226.

comercio era, en todo ello, una política de crucial importancia, no por los beneficios económicos que acarrearía sino para evitar que los Estados Unidos tuviesen demasiado poder sobre el sistema económico, cosa que sucedería de concedérseles la prerrogativa del comercio exterior. Y la opción contraria de preservar un sistema de precios único para la totalidad del Estado alemán conduciría a edificar un sistema altamente centralizado y autosuficiente, que era precisamente lo que se quería evitar.⁴⁰

Cualesquiera sean los méritos o dificultades que suponen las propuestas concretas de Hayek, ellas revelan ciertas importantes inquietudes generales y un enfoque sobre el curso deseable del liberalismo. Su preocupación más arraigada y general era, sin duda, el peligro de que resurgiera un Estado totalitario y fuerte. La solución consistía en descentralizar el poder mediante el desarrollo de instituciones federales. Y estaba convencido de que "un régimen económico liberal [era] una condición necesaria para el éxito de cualquier federación interestatal".⁴¹ Pero, más importante aún, pensaba a la vez, y lo sostuvo de manera explícita, que la opción contraria no era menos cierta: "La subordinación de las respectivas soberanías nacionales y la creación de un eficaz orden legal internacional eran el complemento necesario y la consumación lógica del programa liberal".⁴²

Hayek expone todo ello en forma más directa en su ensayo "The Economic Conditions of Interstate Federalism", donde deja en claro que "el propósito fundamental de la federación interestatal es garantizar la paz, es decir, el de prevenir la guerra entre las partes integrantes de la federación, eliminando las causas de fricción entre ellas y proveyéndolas de mecanismos efectivos para la solución de cualquier conflicto que pudiera surgir, y evitar la guerra entre la federación y cualquier Estado independiente, confiando tal solidez a la primera que ello permitiera eliminar cualquier riesgo

⁴⁰ *Ibídem*, p. 227. Compárese con la observación de Oakeshott: "Pero de todas las prerrogativas de que disfruta el poder gubernamental en el colectivismo, la que proviene de su monopolio del comercio exterior es, quizás, la más peligrosa para la libertad; pues la liberalización del comercio exterior es una de las salvaguardias más efectivas de una comunidad determinada en contra del abuso de poder. Y al igual que la abolición de la competencia en el ámbito local hace que el gobierno intervenga en (y magnifique) cada conflicto que surge, el comercio exterior sujeto al colectivismo permite que el gobierno se involucre en las transacciones comerciales de signo competitivo y favorece la desarmonía internacional, aparte de intensificarla". Véase Michael Oakeshott, "The Political Economy of Freedom" en su *Rationalism in Politics and Other Essays* (Indianápolis: Liberty Press, 1991), p. 400.

⁴¹ Friedrich A. von Hayek, "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.*, p. 269.

⁴² *Ibídem*, p. 269.

de un ataque externo".⁴³ Para lograrlo, la federación debía implicar no tan sólo la unión política sino económica. La razón fundamental de ello era que la exclusión o el aislamiento económico de cualquier Estado dentro de la unión habría de generar una solidaridad de intereses entre los habitantes de ese Estado y un conflicto con los intereses de otros Estados. "Las barreras económicas generan comunidades de intereses sobre una base regional y de carácter más estrecho: hacen que los conflictos de intereses tiendan a convertirse en conflictos entre los mismos grupos de individuos en lugar de conflictos entre grupos de composición siempre variable, y que haya, en consecuencia, conflictos perpetuos entre los habitantes de un Estado en cuanto tales, y no entre los varios individuos por separado, lo que posibilitaría que se aliaran unas veces con un grupo determinado en contra de otro y otras veces, en alguna otra cuestión, con un segundo grupo en contra del primero".⁴⁴ La eliminación de las barreras económicas contribuiría enormemente, en consecuencia, a reducir las posibilidades de conflicto social.

Por otra parte, la unidad política y la supresión de la soberanía nacional permitirían reducir el grado de intervencionismo en la actividad económica. La planificación o el control centralizado de la actividad económica presupone la existencia de ciertos valores compartidos, "y el grado en que es posible implementar dicha planificación está limitado al grado de acuerdo que puede alcanzarse, o imponerse, en torno a esa escala de valores en particular".⁴⁵ La diversidad dentro de una federación actuará, sin embargo, como una barrera contra cualquier intento de acordar ciertos valores sustantivos que puedan redundar en la planificación generalizada, y brindará así ciertas salvaguardias para el ejercicio de la libertad individual.

Pero todo esto es posible únicamente si existe un acuerdo generalizado en torno a ciertos valores, que son los valores centrales de la filosofía política liberal y que incluyen el respeto a la idea de la libertad individual y el rechazo al totalitarismo. La federación no sería posible sin un grado mínimo de aceptación de esos valores. Resultaba cuestionable, por cierto, la posibilidad de que existiera voluntariamente una federación de Estados no liberales. Por este motivo, era importante no sólo ocuparse de garantizar las condiciones que hacían menos probable el consenso en torno a objetivos o fines sustanciales a escala nacional, sino a la vez promover la aceptación generalizada de los principios fundamentales del liberalismo más allá de las fronteras existentes. Esto suponía, necesariamente, difundir el liberalismo como un ideal que no estaba, en modo alguno, confinado a los intereses de

⁴³ *Ibíd.*, p.255.

⁴⁴ *Ibíd.*, p.257.

⁴⁵ *Ibíd.*, p.264.

determinados pueblos o grupos nacionales. Era preferible presentarlo como lo que era: una doctrina de la libertad individual.

La relevancia actual de Hayek

¿Pueden aportarnos algo estas ideas en la actualidad o son tan sólo el reflejo del optimismo carente de realismo —esto es, la ingenuidad— del pensamiento liberal? Varias razones justifican este último reproche. Una de ellas es que, cualesquiera sean las pretensiones liberales de signo internacionalista, se trataría de una doctrina inspirada en los supuestos de una cultura en particular y, como tal, sólo puede resultar atractiva a unas pocas sociedades. Por otra parte, se sugiere que los liberales han prestado siempre escasa atención a los reclamos de las comunidades minoritarias dentro de sus fronteras, y que deberían desligarse de su preocupación por la libertad o los derechos individuales y ocuparse, en cambio, de hacer un reconocimiento explícito —o de reconocer los derechos— de tales grupos. Finalmente, se dice que el liberalismo se equivoca al no reconocer el tremendo influjo de los nacionalismos, que suelen fundarse en lealtades regionales que habrán de ejercer siempre en la gente un atractivo mayor que los ideales abstractos del liberalismo individual, con su énfasis en los valores de procedimiento y no en los más tangibles. Basta con observar el resurgimiento del conflicto étnico, en lo que hoy queda de Yugoslavia, por ejemplo, para entender el escaso atractivo del liberalismo. ¿Qué puede decirnos Hayek a la luz de estos problemas fundamentales a los que se enfrenta el pensamiento liberal?

Mucho, a mi entender. Pero antes dejemos en claro lo que *no* nos dice. No insinúa que los sentimientos nacionalistas y separatistas no existan, o que no ejerzan un poderoso influjo en los individuos; ni que el interés de las minorías hacia sus respectivas herencias culturales sea irrelevante. Por el contrario, a lo que debemos prestar atención es, precisamente, a los problemas que tales factores originan. A juicio de Hayek, la cooperación entre los individuos no plantea problemas, porque la interacción espontánea entre ellos suele traducirse en orden. El asunto estriba en la interacción entre los grupos —ya sean tribus o naciones—, que tiende a resultar corrosiva de la paz y nociva para la libertad individual. Lo que se precisa es reducir el poderío económico y político de tales grupos para facilitar la interacción al nivel de los individuos. El problema es, con todo, cómo hacerlo sin crear un poder mayor que pudiera convertirse a su vez en una amenaza a la libertad individual. La opción, sugiere él mismo, es

suprimir la soberanía de la nación por la vía de incluirla en una federación de Estados.

Ahora bien, la potenciación de este enfoque en particular no equivale a propiciar ideas de un origen cultural restringido, pues la intención central de todo ello es asegurar la paz.⁴⁶ El propósito de la federación es únicamente ése. Al negarse a reconocer las demandas de otro grupo, no es que Hayek se muestre partidario de la intolerancia o indiferencia hacia sus intereses o que esté afirmando la superioridad del estilo de vida liberal. Más bien sugiere, con ello, que el conceder poder soberano a tales grupos nos conduciría a un conflicto aún mayor. La federación, sin embargo, limitaría ese poder al sustraerles el control de la política económica.

Con todo, es igualmente importante entender que en la óptica de Hayek la federación no resuelve por sí sola el problema. Es, a la vez, imprescindible que ciertas ideas provean el trasfondo apropiado a esos mecanismos institucionales. De aquí el énfasis que pone, al analizar el problema de recuperar Alemania para la civilización occidental, en la educación y los factores "sicológicos". El propósito de la educación sería, en dicha instancia, el de revivir las tradiciones de conducta que permitirían no sólo alcanzar sino preservar los cambios institucionales. Estas eran las tradiciones que hacían posible el orden abstracto.

Mi propia conclusión respecto del planteamiento de Hayek es que, cualesquiera sean las dificultades que uno descubra al analizar algunas de las proposiciones específicas, las líneas generales de su argumentación están bien fundadas. En primer término, es acertado en lo que se refiere a los peligros que supone el poder soberano, en especial si va unido a fuertes sentimientos nacionales. Esto se aprecia en pequeña escala cuando se garantiza el *status* grupal a ciertas comunidades dentro de un Estado, pues de ello resulta a menudo el conflicto entre los distintos grupos que componen la sociedad en un sentido amplio.⁴⁷ En el ámbito internacional se hace eviden-

⁴⁶ Se puede argumentar, por cierto, que también la paz es otro peculiar valor liberal; o cuando menos puede afirmarse que la paz es un valor supremo tan sólo para las culturas de inspiración liberal. Pero no me parece que sea una propuesta demasiado consistente. La historia está plagada de ejemplos de cómo las más diversas culturas intentan armonizar sus respectivos estilos de vida en lugar de imponerse por la fuerza a las demás. La España medieval nos brinda al respecto un ejemplo muy ilustrativo, con las comunidades judías, cristianas y musulmanas cohabitando durante siglos. Véase Joseph F. O'Callaghan, *A History of Medieval Spain* (Ithaca: Cornell University Press, 1975).

⁴⁷ Véase al respecto mi ensayo *The Fraternal Conceit: Individualist versus Collectivist Ideas of Community* (Sydney: Centre for Independent Studies, 1990).

te, asimismo, el poder destructivo de gobiernos fuertes aislados y de inspiración nacionalista.⁴⁸ En segundo lugar, Hayek está en lo correcto al oponerse a un repliegue aislacionista, no sólo porque ello vendría a reforzar el poder soberano del Estado, sino a la vez porque debilitaría la capacidad de las naciones liberales de resistir a las fuerzas del totalitarismo. Las sociedades que presumen que los ideales de libertad y tolerancia son algo peculiar de su estilo de vida no ofrecen mayor resistencia a las ideologías o tradiciones más agresivas. Si las tradiciones han de quedar restringidas a determinadas fronteras, éstas no serán nunca muy seguras. Y, en tercer lugar, Hayek tiene razón al sostener que lo defendible es un orden abstracto, pues es únicamente dentro de ese orden abstracto que la diversidad es posible. No es que la diversidad deba ser considerada como intrínsecamente buena, pero ella es importante para garantizar la libertad individual al permitirnos, como sugiere Acton, resistir a las fuerzas de la organización y el control centralizados.

Subsiste, con todo, la pregunta de si todo esto es posible y, por cierto, de si estas ideas tienen alguna relevancia concreta en las circunstancias de la sociedad contemporánea. El propio Hayek no era ajeno a este problema cuando escribió sobre la idea del federalismo interestatal en 1939. Advirtió entonces, por ejemplo, que muchas veces puede resultarles imposible a los integrantes de una federación ponerse de acuerdo en la política económica, esto, que debería traducirse, simplemente, en la ausencia de legislación en la materia, bien podía conducir, en la práctica, a una legislación estatal que acabara provocando el quiebre de la unidad económica dentro de la federación. La respuesta de Hayek a este problema en particular es que no hay ninguna solución institucional posible. Al final, todo será una cuestión de "si estamos intelectualmente maduros para alcanzar esta organización supraestatal".⁴⁹ Lo que sugiere, de hecho, es que nunca será suficiente con establecer las instituciones de la federación. Es preciso además promover, en el seno de las sociedades en cuestión, la adhesión a las ideas o valores que contribuyen al funcionamiento de tales instituciones. Esto requiere de un esfuerzo para difundir las concepciones liberales de la libertad individual y la tolerancia como ideales internacionalistas.

Esto no equivale a decir que las ideas liberales habrán de resolver por sí mismas cualquiera de los conflictos hoy existentes. Los tratados

⁴⁸ Para citar tan sólo dos ejemplos, considérese, ¿en primer lugar, la invasión china del Tibet y la destrucción subsecuente de sus prácticas culturales; y en segundo término, el arrasamiento de la vida aldeana en la Rumania de Ceausescu y, particularmente, el aniquilamiento de las comunidades de lengua húngara.

⁴⁹ Friedrich A. von Hayek "The Economic Conditions of Interstate Federalism", *op. cit.*, p. 266.

acerca del liberalismo no pondrán fin a la guerra en Yugoslavia. El aporte concreto del discurso liberal consiste en reconstruir o reparar las tradiciones y en resistir la invasión de las ideas perniciosas. El mensaje concreto de los escritos de Hayek en torno al liberalismo, el nacionalismo y el federalismo es que, para el bienestar a largo plazo de las distintas sociedades, es importante que las ideas liberales se afiancen en tantas naciones como sea posible. En esto se muestra singularmente acertado, y el hecho que ello sea difícil no es razón para modificar nuestro pensamiento en la materia. Como él mismo expresó: "Cuanto más pronto reconozcamos las dificultades, más pronto llegaremos a superarlas. Si —como parece ser, a mi juicio— la consecución de ideales compartidos por muchos individuos es posible únicamente por medios que sólo unos pocos propician hoy, ni las exigencias de imparcialidad académica ni las consideraciones respecto de su viabilidad debieran impedirle a uno afirmar lo que considera son los medios apropiados para el fin buscado".⁵⁰ □